

RESEÑA DE LIBRO
UNA BREVE HISTORIA DE LA IGUALDAD
de Thomas Piketty
(Harvard University Press, 2022,
288 páginas, Nueva York)

MARK THORNTON*

La *Breve historia* de Thomas Piketty es la cuarta entrega de su ataque a la desigualdad económica, tras sus superventas *El capital en el siglo XXI* y *Capital e ideología*. La tercera, *¡Viva el Socialismo!* es solo una recopilación de artículos populares por los que el *New York Times* calificó a Piketty como un economista «vagamente de centro-izquierda». Este breve libro, publicado originalmente en inglés por la Harvard University Press reclama políticas socialistas de largo alcance para crear igualdad económica. Es el canto de sirena del comunismo: la «justicia social» sin ningún coste o daño notable para la sociedad.

La principal razón de mi preocupación acerca de Piketty y su libro puede compararse con la influencia relativa del *Manifiesto comunista* de Marx (con Frederick Engels) con respecto a su libro *El capital*. El *Manifiesto* era breve, directo y factible políticamente, mientras que *El capital* era largo, estaba lleno de jerga y notas al pie y era nebuloso con respecto a la acción política. ¡De hecho, la visión de la historia de Marx decía a los lectores de *El capital* que esperaran sentados con paciencia, mientras que el *Manifiesto* era una llamada inmediata a las armas en todo el mundo!

En términos de relevancia, el programa de diez puntos del *Manifiesto* se convertiría en el programa de acción política para los socialdemócratas en todo el mundo y las políticas públicas desde 1917. Por

* Mark Thornton (mthornton@mises.org) es titular de la cátedra Peterson-Luddy de Economía Austriaca en la Escuela de Grado Mises, miembro sénior del Instituto Mises y editor de reseñas de libros en la *QJAE*. Original en inglés publicado en *The Quarterly Journal of Austrian Economics*, vol. 25, n.º 2, XX-XX. Verano 2022. Traducción al español realizada por Mariano Bas.

el contrario, el muy inesperado triunfo marxista en Rusia no tomó ninguna idea de *El capital* para su dictadura comunista, llevó a un desastre económico tras otro y acabó fracasando, como había predicho Ludwig von Mises. Piketty podría haber aprendido al menos esa lección y defender una toma socialdemócrata del poder.

Todos los libros de Piketty son terribles desde la perspectiva económica. Aun más, todos son tan peligrosos para la economía política como catastróficos fueron los libros de Marx para cientos de millones de personas, especialmente para las personas de rentas bajas a las que Marx y Piketty proponen ayudar. La brevedad de este libro hace que sea potencialmente el más devastador socialmente de los cuatro.

Una breve historia

Hasta hace dos siglos, más del 95% de la humanidad vivía en «pobreza extrema». Ese número ha disminuido hasta aproximadamente un tercio de la población global hacia finales de la década de 1980 y ahora es inferior al 10% y sigue bajando, todo esto durante un periodo de rápido incremento de la población. Este es uno de los hechos más importantes de toda la historia de la humanidad que pueden mencionarse y aun así parece no ser ampliamente conocido y Piketty parece ignorar completamente cómo se ha logrado.

Piketty no da ninguna muestra de ser un economista ni ningún tipo de observador científico objetivo y desinteresado. Sin embargo, sus libros llenos de estadísticas y gráficos dan la impresión de tener una base científica para sus conclusiones políticas. Piketty es un marxista, un defensor del comunismo, pero siempre bajo el disfraz de una socialdemocracia convencional. Sin embargo, su postura en el libro recuerda a los lectores el final del *Manifiesto*.

Sí admite que en el último cuarto del milenio ha habido también un poderoso avance hacia una mayor igualdad económica, pero ignora en general cómo se ha logrado ese enorme y sostenido aumento en el nivel de vida. Simplemente se ha producido. Sí quiere que los lectores entiendan su punto de vista: 1) que esta mejora no ha sido el resultado del capitalismo, 2) que los sistemas socio-políticos son solo un asunto de decisión democrática y 3) que

hay que atribuir el progreso económico a las diversas formas de agitación socialista y sindical.

Sus creencias, que son ampliamente compartidas por la intelectualidad y otros vendedores de ideas prestadas¹ van en contra de los hechos. Los derechos individuales, los mercados libres y la libertad de comercio crearon las oportunidades para el crecimiento económico, los salarios por encima del nivel de subsistencia y una mayor igualdad económica. El capitalismo mejoró las condiciones del trabajo, dañó en términos comparativos a los ricos y poderosos y llevó a la aparición de las clases empresarial y burguesa. La Revolución Industrial cambió completamente el enfoque de la estructura económica de la producción de las demandas de la nobleza a las necesidades de los trabajadores, algo de lo que hay pocas dudas. Hizo a la gente más igual, económicamente y en otros sentidos, comparado con el sistema medieval de autoridades y siervos o incluso con el comunismo del siglo XX.

Por el contrario, Piketty prefiere atribuir todas estas bondades a la acción política y a las revoluciones. Aunque haya una pizca de verdad en ello, el principal impulsor de todas las mejoras es el capitalismo, incluso con todas sus imperfecciones e injusticias. Está tan claro que incluso la mayoría de los acontecimientos «marxistas», como la Revolución Francesa y la Revolución Rusa, fueron impulsados desde un principio por las emergentes clases burguesa y empresarial, consideradas en general como clases medias, y no por los campesinos².

Piketty ignora estos hechos y se adhiere a la idea socialdemócrata de que pueden conseguirse resultados con una gran variedad de opciones políticas y sistemas de votación con respecto a la naturaleza de los sistemas de propiedad, así que el capitalismo ya

¹ Ver, por ejemplo, <http://www.21learn.org/archive/hayek-and-the-second-hand-dealers-of-ideas/>

² Ver Ekelund y Thornton (2019); y Dempster, Ekelund y Thornton (2022). La teoría económica de la revolución empieza con la apreciación de que se necesita gente con ciertos medios económicos en las ciudades para conseguir una revolución importante. Por tanto, parece muy improbable una revolución campesina con éxito en la Rusia del siglo XVII. Ninguna de las grandes revoluciones fue marxista en su origen, pues en las revoluciones americana, francesa y rusa hubo fuertes elementos liberales en sus bases originales.

no es necesario. Más aún, cree que la igualdad que se ha logrado ha sido gracias a «los conflictos y las revueltas contra la injusticia» (p. 10 de la edición en inglés), algo que está claro que no es así. Por ejemplo, cosas como los sindicatos modernos, los partidos políticos con inclinaciones socialistas y los programas políticos «progresistas» aparecieron *después* del aumento en el desarrollo económico y la extensión de la igualdad, no antes. De hecho, la Revolución Industrial empezó en Inglaterra después de que desaparecieran los poderes políticos que controlaban trabajo, capital y comercio, no de que aumentaran (Ekelund y Tollison 1981).

También escribe sobre política y tácticas de una forma que podría desconcertar a lectores que no estén familiarizados con el dogma y el discurso marxistas. Aun así, no nos equivoquemos: los líderes marxistas, socialistas y progresistas y las políticas que estos defienden son inherentemente violentos y no les interesa encontrar la verdad científica. Prefieren que su oposición no ofrezca resistencia y no haga preguntas. Las recomendaciones de Piketty se entretajan en un sistema que ayuda a garantizar que no haya ninguna posibilidad institucional de que los partidos socialdemócratas puedan perder poder, elecciones ni mayoría legislativas.

En términos de violencia, por supuesto, las políticas favoritas de los progresistas, como las del programa de diez puntos del *Manifiesto comunista*, son enormemente coactivas y potencialmente violentas. Los diez puntos pueden resumirse en quitarte tus tierras, tus ingresos y tu herencia; la apropiación, es decir, la «nacionalización» de la banca, las comunicaciones, el transporte y los medios de producción; el trabajo forzado y el realojo y una propaganda ubicua de la cuna a la tumba.

Piketty extiende su ataque a la historia declarando que el progreso, es decir, la riqueza nacional, existe. No explica cómo se genera o se sostiene, aunque los economistas, al menos desde Richard Cantillon y Adam Smith han considerado desde hace mucho tiempo que esta es la pregunta esencial a la que tiene que responder la economía. Tampoco explica por qué hubo poco o ningún progreso esencial y a menudo una extremada desigualdad en los milenios precedentes.

En su lugar, Piketty quiere medir el progreso con estadísticas de logros en educación y salud, cuyo inicio atribuye al estado del

bienestar. Hace esta afirmación a pesar de que la educación y la sanidad estuvieron disponibles para las personas ajenas a la nobleza desde mucho antes de que existiera el estado del bienestar. En realidad, existían pocas opciones para la educación y la atención sanitaria antes del capitalismo y ambas métricas mejoraron rápidamente con los avances hacia mercados más libres. Piketty trata de esconder este subterfugio mostrando estadísticas medias globales que ocultan cambios nacionales y marginales importantes que ilustrarían mejor los beneficios de la libertad, como el notable aumento en los salarios reales en Inglaterra durante el siglo XIX.

Incluso con un innegable avance hacia una mayor igualdad, su opinión personal es que la desigualdad sigue siendo «extremadamente alta» y encuentra un problema con el crecimiento económico, porque lo ve causado por el crecimiento demográfico y el calentamiento global. Considera que el crecimiento demográfico es insostenible y dañino, pero ¿hay algún científico social serio que vea las tasas actuales de crecimiento de la población como un problema o perpetuamente sostenibles? En nuestra época de capitalismo, el crecimiento demográfico se ve ahora más como un asunto de decisiones individuales, no como un imperativo místico desconocido o biológico. Los científicos sociales se han acercado cada vez más a la teoría económica de la población, esbozada por primera vez por Cantillon y se han ocupado cada vez más de los problemas de unas tasas de crecimiento demográfico *en declive*, de la disminución de las poblaciones y de la demografía desequilibrada en los países desarrollados que han generado los gobiernos, como en China y Japón. Malthus está muerto y lleva mucho tiempo muerto.

En cierto momento, ataca incluso su propia aproximación estadística de usar datos públicos como medidores de rentas, el PIB y el IPC, así como medias y agregados al resultar problemáticos para sus propósitos. De hecho, algunos de mis colegas (por ejemplo, Gramm, Ekelund y Early 2022) han revisado estas estadísticas públicas, las han encontrado extremadamente equívocas y tras un recálculo adecuado han descubierto que la mayoría de estadísticas y titulares así difundidos son monumentales tergiversaciones de la realidad con respecto a las percepciones de la desigualdad económica.

De hecho, Piketty nos pide que examinemos el consumo, no la renta monetaria, para determinar la desigualdad. Pero otros economistas ya lo han hecho y sus conclusiones indican que la desigualdad en Estados Unidos es un problema mucho menor del que indican las engañosas estadísticas de renta y pobreza (Sheffield y Rector 2011).

No está claro cómo desviar la atención hacia el calentamiento global y la «vida infernal» que lo ha causado puede justificar su análisis o su programa político. La calidad e integridad de esos datos es evidentemente mala, la ciencia se ha empañado profundamente por la financiación pública y es evidente para otros científicos, ingenieros y economistas que los países capitalistas y prósperos no se enfrentan a los peligros inminentes que alegan los teóricos del calentamiento global, aunque algunos, como el aumento en los niveles de los mares, puedan impactar negativamente en economías no capitalistas, siempre y cuando lleguen a ser realidad.

Piketty es un enemigo de los derechos de propiedad privada, que incluso la mayoría de los economistas no austriacos consideran una condición necesaria para la prosperidad. Sí advierte que la propiedad está hoy más igualmente dividida que hace dos siglos, antes del capitalismo, pero no parece consciente de cómo se ha desarrollado y prosperado la clase media durante ese tiempo. Cree que la cuestión de la propiedad y el control es puramente política sin ramificaciones económicas y legales de consideración. Toda su explicación sobre estos asuntos equivale a hacer de la riqueza un chivo expiatorio de índole marxista para impuestos aún más progresivos a la renta, la riqueza y la herencia y un estado del bienestar en perpetua expansión.

Piketty sí se opone al colonialismo y la esclavitud, pero sin duda le sorprendería saber que fueron liberales como Adam Smith (el filósofo de la felicidad humana y la empatía hacia los conciudadanos) los que encabezaron la oposición a esas instituciones. ¡Cita a Smith en esos capítulos, no como un opositor al colonialismo y la esclavitud, sino como un inflexible defensor del enemigo del marxismo, la protección de los derechos de propiedad!

Si, como Piketty, uno piensa en el capitalismo como la unión de las fuerzas del mercado y el Estado, hay un problema: el Estado ha

expandido y defendido la esclavitud, mientras que las fuerzas del mercado han sido las que han empujado a su desaparición, tanto en tiempos antiguos como modernos. No puedo imaginar otro episodio que explique mejor el papel del Estado en la esclavitud que la respuesta del propio país de Piketty a la revuelta de los esclavos en Haití, pero esta es una lección que se perdió.

Lo más notable de todo es la explicación de Piketty de lo que llama la «gran redistribución», que data de 1914 a 1980 (antes de la Primera Guerra Mundial hasta la llegada a la presidencia de Estados Unidos de Ronald Reagan y el nombramiento de Margaret Thatcher como primera ministra de Reino Unido). Sí dice que este periodo «no fue fácil», pero dio lugar a los impuestos progresivos sobre la renta y el estado del bienestar, creando así la transformación celestial del capitalismo a una mayor igualdad económica, para luego retroceder por las pequeñas mejoras en la liberalización de los mercados después de 1980.

Las estadísticas sí demuestran que tras la Segunda Guerra Mundial la clase media creció, la pobreza disminuyó hasta que empezó la Guerra contra la Pobreza del presidente Johnson a mediados de la década de 1960 y la desigualdad disminuyó, para crear lo que otros han llamado la «Gran Nivelación». Estadísticos y contables, incluyendo a Piketty, han realizado un trabajo ímprobo para tratar de estimar qué pasó con las cifras de este periodo. Por muy fascinante que sea ese juego de cifras para los economistas, olvida los puntos importantes con respecto a las causas y efectos.

La «nivelación» se produjo en buena medida debido a todas las muertes, las dislocaciones y la formación reducida de familias causadas por la Primera Guerra Mundial, la gripe española, la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. Cuando cantidades desmesuradas de jóvenes mueren o se ven sumidos en una depresión económica, disminuye el número consiguiente de nacimientos. Esto lleva a incrementos salariales y genera una distribución comprimida o *nivelada* de las rentas. Bajo el capitalismo, los salarios reales pueden aumentar y aumentan, la pobreza disminuye, la gente se enriquece y las oportunidades económicas y la igualdad aumentan sin olas masivas de muerte y destrucción.

Por el contrario, Piketty ve la verdadera salvación en los impuestos progresivos y el estado del bienestar. Quiere mucho más de

ambos en forma de una democracia que produce aumentos «progresivos» en el poder estatal. No hace falta leer mucho entre líneas para ver que quiere un estado completamente marxista sin los problemas de imagen de los pasados fracasos económicos, las hambrunas masivas y los genocidios del marxismo.

Conclusiones

Piketty es un marxista que ha escrito mucho acerca de la distribución de rentas para promover la redistribución de ingresos y otros objetivos marxistas. No muestra ningún conocimiento de la economía y la teoría económica, salvo los implícitos en la elaboración de las estadísticas económicas. Las soluciones que propone son implícitamente violentas, destructivas e incapaces de alcanzar los resultados deseados.

Sus libros han sido grandes superventas para los patrones académicos. Pero no conozco a nadie que los haya leído, incluyendo todos los economistas que conozco e incluso gente que trabaja en este tema. Conozco a un par de jóvenes economistas que han leído un par de sus trabajos como coautor.

¿Quién compró esos libros? ¿Quién los leyó? ¿Por qué obtuvieron tan poca atención académica, reseñas serias y críticas de economistas? Como resultado de todo esto, Piketty y sus seguidores han conseguido una cobertura académica que no ha encontrado casi oposición. La explicación de Piketty de los problemas de la redistribución de las rentas y la desigualdad han ayudado a producir una extendida aceptación de la necesidad de socialismo, impuestos más altos y mayor gasto social.

Referencias

- Dempster, Gregory, Robert B. Ekelund, Jr., y Mark Thornton. 2022. *Understanding the Outcome of the Russian Revolution: A Public Choice Approach*, Manuscrito inédito.
- Ekelund, Robert B., Jr., y Mark Thornton. 2019. «Rent Seeking as an Evolving Process: The Case of the Ancien Regime», *Public Choice* 182: pp. 139-155.

- Ekelund, Robert B., Jr. y Robert D. Tollison. 1981. *Mercantilism as a Rent-Seeking Society: Economic Regulation in Historical Perspective*. College Station, Tex.: Texas A&M University Press.
- Gramm, Phil, Robert B. Ekelund, Jr., y John Early. 2022. *The Myth of American Inequality: How Government Biases Policy Debate*. Lanham, Md.: Rowman and Littlefield.
- Sheffield, Rachel, y Robert Rector. 2011. *Understanding Poverty in the United States: Surprising Facts about America's Poor*. The Heritage Foundation. Disponible en <https://www.heritage.org/poverty-and-inequality/report/understanding-poverty-the-united-states-surprising-facts-about>